

VALIÓ LA PENA

Marisa era una anciana octogenaria que vivía en una residencia geriátrica de la capital turolense. Más cerca de los noventa que de los ochenta, tenía asumido que de allí ya no saldría nunca. De los pocos familiares que tenía recibía alguna visita esporádica que le resultaba agradable en el momento pero que la sumía en una profunda tristeza al quedarse otra vez sola.

El personal que trabajaba en la residencia era muy amable con ella, pero había tal diferencia de edades que hacía imposible llevar una conversación sobre temas comunes que resultaran de interés tanto para ella como para sus cuidadoras.

Y con sus compañeros de residencia la comunicación no era mucho mejor. Los residentes más jóvenes que ella eran bastante autónomos y llevaban cierta vida social. No solo se apuntaban a toda clase de actividades sino que se atrevían a salir a dar paseos vespertinos fuera del recinto cuando hacía buen tiempo, algo impensable para ella pues una simple salida al jardín de la residencia para sentarse en un banco a tomar el sol resultaba un esfuerzo que no le compensaba en muchas ocasiones.

Podría pensarse que la solución sería tratar con otros ancianos de su edad con los que tendría muchos recuerdos en común. Pero una vez descartados los que sufrían demencia senil o Alzheimer apenas quedaban media docena a los que la memoria no les fallase. Y de estos pocos ninguno se libraba de tener dolores físicos que les amargaban el carácter. En algunos casos ya eran antipáticos desde que cumplieron los sesenta años y se convirtieron en insoportables cascarrabias.

Por resumir su situación en pocas palabras...Estaba, y se sentía, muy sola.

Pero un buen día llegó una nueva residente. Se llamaba Conchita y tenía, aproximadamente, la misma edad que Marisa. Resultó ser una anciana abierta y muy dicharachera. Tanto el cuerpo como la memoria le respondían perfectamente. No tenía dolencias físicas y pronto destacó por ayudar a sus compañeros más dependientes en las tareas más simples, tales como pelarles una manzana, llevarlas del brazo en los paseos, ayudarles a acostarse y levantarse y tantas y tantas cosas que hacemos a diario sin darles ninguna importancia, pero que para un anciano con sus capacidades disminuidas resultan ser una lucha continua.

En pocos días las dos mujeres se hicieron amigas íntimas. Incluso eran capaces de ver la tele y seguir el hilo del argumento de alguna película o culebrón venezolano, algo que ninguna de las dos hubiera soportado por sí sola, pero que con una compañía con la que poder comentar los giros del guión conseguían pasar un buen rato, sintiéndose acompañadas.

Conchita conseguía sacar a su amiga del ostracismo en cuanto aparecía. Lo que más les entretenía era recordar sus tiempos mozos en los que escuchaban a Carlos Gardel en la radio o bailaban La Cumparsita en los bailes que se organizaban en la plaza de cualquier pueblo. También intentaban descubrir qué amigas comunes habían tenido a lo largo de sus prolongadas vidas, algo que conseguían en contadas ocasiones dada la dificultad que este propósito conllevaba por la lejanía en el tiempo y por la falta de trato social que habían ejercido en los últimos años.

Las auxiliares, enfermeras y cuidadoras en general veían con muy buenos ojos esta relación. Marisa había mejorado en todos los aspectos y Conchita se encontraba con la misma vitalidad y buen ánimo que cuando entró en la residencia. La pareja no daba ningún problema y las dos ancianas respetaban los horarios, normas y costumbres del centro geriátrico. Tan solo en una ocasión hicieron una petición que se salía de lo habitual en estas residencias, dejando a la directora un dilema a la hora de aprobar o no aquella propuesta tan original que las dos le hicieron.

Entrando en su despacho, sin preámbulos ni protocolos, le comunicaron su petición.

- Hola, buenas tardes-saludó Conchita-. Mañana es el cumpleaños de Marisa y queremos que nos dé permiso para pedir un taxi después del desayuno y darnos una vuelta por el centro. Estaremos de vuelta a la hora de comer.

La reacción de la directora ya se la esperaban. Y los posibles problemas y pegas que les iba a esgrimir, también; así que Conchita ya tenía preparada su exposición.

- No tiene por qué preocuparse. Las chicas me van a dejar una silla de ruedas y yo pasearé a Marisa por la Plaza del Torico para rememorar juntas los viejos tiempos. Compraremos una tarta en Muñoz y el taxista nos recogerá a las doce en punto en el mismo sitio donde nos bajemos.

- Y miraremos bien al cruzar las calles-añadió Marisa.

- No te preocupes por eso, Marisa, que ya no circulan coches por el centro-le aclaró Conchita.

A pesar de la insistencia y de los razonables argumentos era muy arriesgado para una directora de residencia, máxima responsable de la seguridad de sus residentes, autorizar

a dos ancianas tan longevas deambular solas por la ciudad. Cualquier percance le hubiera acarreado serios problemas, así que acabó negándose con firmeza.

Pero ellas tenían un plan B.

Era el mes de Mayo y ya desde primera hora de la mañana se adivinaba un día espléndido. Conchita ayudó a vestirse y arreglarse a Marisa. Era su cumpleaños y el exceso de maquillaje unido a una vestimenta relativamente "atrevida" para su edad no levantó sospechas.

- Es su cumple-se justificaba Conchita ante la extrañeza del personal de la residencia-. Parece el caprichico de Alain Delon...¿a que sí?

La gente ya estaba acostumbrada a aquella pareja tan diferente a las demás y les animaban a seguir celebrando un día tan especial.

Después de desayunar Marisa se sentó en una silla de ruedas para que Conchita la sacase a pasear por los jardines de la entrada. Y así estuvieron dando vueltas y vueltas hasta que un taxi llegó a la residencia con unos pasajeros. Justo antes de que volviera por la puerta de salida se acercó Conchita al conductor.

- Hace casi una hora que nos han llamado a un taxi desde recepción...¡Ni que Teruel fuera París! Aunque viniese ahora ya no lo cogéríamos.

El taxista intentó disculpar a su gremio sin saber a quién defender concretamente.

- Si me dicen a qué número han llamado yo puedo enterarme de qué ha pasado...

- Nada, nada, si ahora nos lleva usted al centro no pondremos ninguna queja-contestó Conchita.

Y el conductor, encantado, ya que hacía dos viajes en uno y encima apaciguaba a aquellas clientes tan enfadadas.

Marisa llevaba casi veinte años en la residencia. Durante los primeros años salió muchos domingos a comer a casa de su hijo, pero no salían de casa y a media tarde la devolvían a la residencia, así que no pisaba el centro desde hacía muchos años. Este plan la tenía excitada y pesaban sobre su memoria los recuerdos de la Plaza del Torico de su juventud más que los que pudiera retener de sus últimas visitas.

Conchita estaba pletórica de hacer feliz a su amiga aunque fuese tan solo por un día. Todo el mérito era suyo, aunque toda la culpa, también. Pero...¿qué podían hacerles a la vuelta? ¿Las iban a meter en el cuarto de los ratones? ¿Las iban a dejar sin postre? Esta aventura compensaría de sobra cualquier posible castigo, si es que les aplicaban alguno.

El único problema real iba a ser las posibles subidas o bajadas hasta la plaza, ya que una cosa era empujar en un llano y otra remontar una cuesta empujando una silla ocupada por Marisa. Pero alguien se ofrecería a ayudar. Y si no, pues andando, a paso de caracol.

Las dos ancianas se bajaron del taxi lo más cerca posible del Torico que las señales de tráfico permitían. Como llamaba la atención ver a una anciana empujando a otra pronto se ofreció una joven a empujar la silla hasta la misma fuente de la plaza. No discutieron sobre lo primero que había que hacer. Sentarse en una de las múltiples terrazas para descansar y que Marisa asimilase los numerosos cambios que observaba a su alrededor sería el primer paso.

Estos cambios afectaban en todas las facetas. Cruzarse con una chica con el pelo teñido de verde era una situación que no concebían fuera de las imágenes que podían ver en televisión. Y con los comercios no paraban de chismorrear.

- Mira...¿te acuerdas cuando en esa cafetería estaba El Bolo?

- Y que lo digas, la de zapatillas y botines para el colegio que me habrán comprado ahí!

- Y debajo estaba la tienda de los Juderías; no sé si era una ferretería o algo parecido, pero mi hermano siempre se paraba en el escaparate porque era de los pocos sitios donde se vendían escopetas de perdigones.

- Y encima de El Bolo, la joyería Tena, que la han debido cerrar.

- Lo que no ha cambiado de sitio es Muñoz, aunque tiene un aspecto muy moderno. Luego iremos a por una tarta por tu cumple.

Así pasaron un buen rato. Incluso cambios que ellas conocieron en su tiempo ahora, después de tantos años, los seguían asociando locales a sus antiguas actividades..

- Fíjate, ya ni me acordaba de cuando cambió La Sucursal de Ferrán por el banco que está ahora. Y eso que ya hace tiempo del cambio, pero cuando veo el kiosco de siempre me basta con cerrar los ojos para ver a un lado Tejidos El Torico y al otro lado La Sucursal.

Después de un buen rato allí sentadas y cuando ya estaban a punto de levantarse vieron que se acercaba el conductor de la residencia acompañado de una de las trabajadoras. Ella iba hablando por teléfono, posiblemente para avisar a la directora de que las habían encontrado y tranquilizarla.

Las dos amigas, lejos de inmutarse, agradecieron que las hubiesen pillado in fraganti, pues eso significaba que se habían acabado las esperas del taxi, los empujes de silla y

los esfuerzos para subir y bajar del vehículo. Ahora tocaba dejarse llevar y saborear todas las nuevas sensaciones que habían experimentado aquella mañana, incluyendo la tarta que el chófer les compró deprisa y corriendo.

De vuelta a la residencia, después de la regañina que habían recibido, los cuatro iban en silencio. La directora les estaría esperando a la puerta, así que no era cuestión de hacer más comentarios sobre la escapada. Pero de pronto, sin que su amiga lo esperase, Marisa le susurró al oído:

- No te he dicho nada todavía porque me daba un poco de vergüenza, pero justo enfrente de donde nos hemos sentado, a la altura de Muñoz, yo vendía churros los domingos por la mañana...

A Conchita se le iluminó la cara. Recordaba perfectamente aquel puesto improvisado donde el único mobiliario era una gran cesta llena de churros hasta arriba.

- ¡Y por una peseta, cuatro churros! Me acuerdo perfectamente.

La situación volvió a la normalidad, aunque las dos tenían la sensibilidad a flor de piel. No tardó Conchita en corresponder a la sinceridad de su amiga.

- Yo tampoco te lo he dicho, pero yo era la cacahuera que ponía el carrito al principio de la calle San Juan. Ya sabes...pipas, cacahuetes, tramosos, pepino en adobo...

- ¡Pues claro que me acuerdo. Todos los muchachos acudían a tu puesto!

Las dos comenzaron a gimotear al descubrir que compartían los recuerdos de unas etapas tan importantes en sus vidas. Acabaron llorando en silencio, liberándose de tanta emoción contenida.

Tal y como era de esperar la directora las estaba esperando a la puerta de la residencia. Al verlas bajar en aquel estado y con todo el maquillaje corrido por las lágrimas se quedó muda.

- No les regañe mucho, que ya han llorado bastante por el camino- le dijo el chófer-. Se han puesto a hablar de churros y cacahuetes y al final les ha venido el sofocón.

Pero la directora, que llevaba horas preocupada, también necesitó desahogarse.

- Miraos...Tanta movida y tanta gente preocupada para acabar llorando como unas magdalenas... Estáis contentas con la que habéis organizado?

Esta vez fue Marisa quien se adelantó a contestar. Tenía muy clara la respuesta.

- Ya se ve que contentas, contentas, no estamos. Pero, la verdad,... valió la pena.